



José Espinosa Martínez

PARECÍA UNA
DIOSA GRIEGA



alfaqueque
ediciones

Colección ACEBUCHE
2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

«Parecía una diosa griega»
© José Espinosa Martínez, 2025
© Alfaqueque Ediciones, 2025
Apartado de correos, 68
30530 Cieza, Murcia, España.

<http://www.alfaqueque.es>

Primera edición: mayo de 2025

IBIC: FA
ISBN: 978 84 1129805 2 3
Depósito legal: MU 587-2025

Printed in Spain - Impreso en España

La editorial es consciente de la necesidad de los recursos naturales para consumir cultura y de la colaboración en la conservación del medio ambiente. Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un ciprés (Cupressus sempervirens) en el paraje de El Horno de Cieza (Murcia)



Índice

.....	
1. El tormento de papá	11
2. Duele decirlo	21
3. La disculpa	31
4. Ernesto Valladares	41
5. El partido	61
6. El entierro prematuro	79
7. El viaje a París	87
8. Tenía motivos	113
9. El Lorena	123
10. Parecía una diosa griega	135
11. Llegué a preocuparme por Julián	155
12. Víctor está con Susana	169
13. El silencio de Efrén	185
14. Temí lo peor	197
15. Mi primer día de clase	209

Esta humilde historia es para ti,
para ese joven sin nombre
que un día observé durante el recreo
en el patio de un vetusto instituto,
solo y triste, porque nadie quería compartir con él
ese intervalo de juegos y regocijo.

Todo está perdido cuando los malos sirven
de ejemplo, y los buenos, de mofa.

Demócrates

En los Estados Unidos, hasta la derrota de la Confederación, en 1865, era ilegal en numerosos estados del sur que los esclavos aprendieran a leer o a escribir, y los siervos capaces de hacerlo eran considerados una amenaza para la continuidad del sistema esclavista. Daniel Doc Dowdy, un hombre negro que nació siendo esclavo en 1856, describió los terribles castigos reservados a los infractores de esa ley: «La primera vez que te pillaban tratando de leer o escribir te azotaban con una correa de cuero, la segunda con un látigo de siete colas y la tercera te cortaban la primera falange del dedo índice». A pesar de todo, algunos esclavos analfabetos se empeñaron en aprender a leer, desafiando a sus amos y arriesgando la vida.*

* Este párrafo ha sido extraído de la obra de Irene Vallejo, *El infinito en un junco*. En ella nos habla del amor por los libros y de los riesgos que muchos han asumido a lo largo de la historia para preservarlos de la destrucción o el olvido.

El tormento de papá

Todo dio comienzo cuando me sugirió abandonar las reposadas aguas del Mar Menor y adentrarnos con El Lorena en el Mediterráneo. La convicción con la que afrontaba esos emocionantes días no le permitieron advertir mi aterrorizado gesto ante lo que en ese momento llegué a calificar como una más que atrevida proposición.

Mi nombre es Raúl y mi vida no comenzó precisamente bien, pues Lorena, mi madre, murió a las pocas horas de nacer yo a consecuencia de las graves complicaciones surgidas durante el parto. Tiempo después me percaté que conmigo a mi padre le había tocado el gordo de la Lotería, con el número de la serie incluido. Desde entonces y siendo conocedor de la rémora que representaba y representaría para él mi cuidado, además tendría que soportar mi caprichosa forma de ser, pese a haberme sentido amado y protegido hasta el límite.

A Víctor, mi padre, le apasionaban los barcos y el mar, a mí no especialmente, aunque siempre que me lo proponía lo acompañaba. Nunca le hablé de mi desagrado hacia el mar. Su máxima ilusión era llegar en un futuro no muy lejano a participar en alguna competición de alto nivel, para ello se machacaba en el gimnasio cuando disponía de tiempo libre. Y un día

se lo dije con toda naturalidad, mientras veíamos a través de la pantalla de nuestro amplio televisor una disputada regata de veleros.

—Menudo tormento que te ha caído. Viudo, solo, condenado a pelear a perpetuidad con un ser de aspecto poco o nada favorecedor y con no pocas limitaciones físicas. De carácter tímido hasta el extremo, y como consecuencia de ello, demasiado encerrado en su mundo y que lo más probable es que te ocasionará todo tipo de problemas y sinsabores.

—Nada de eso se ajusta a la realidad. Tengo un hijo maravilloso, al que amo más que a mi propia vida. También varios amigos que me aprecian y tenemos *El Lorena*, un barco marinerero con el que juntos disfrutamos a tope cada domingo.

Lo cierto es que el conocimiento sobre mi posible rareza llegaría a extenderse entre familiares y amigos, vecinos, años después también en el centro escolar en el que asistía a clase. Sospechaban que al pobre Raúl Soto Martínez tal vez le podría acosar algún tipo de enfermedad de las denominadas raras. Según la opinión de alguno de ellos, poseía el dudoso honor de pertenecer al selecto club de los tildados de raritos.

Semanas después de esa conversación surgió la noticia cuando Rodrigo Alpunte, un viejo amigo de mi padre, le comunicó que uno de los tripulantes de la regata, que se desarrollaría en aguas del Mediterráneo, había sufrido una grave fractura de peroné que no le permitiría recuperarse a tiempo para participar en esa atractiva prueba náutica.

La explosión de júbilo de éste fue extraordinaria, llegando a estrecharme contra su agitado pecho mientras me contaba eufórico la noticia. Instantes después me vi sorprendido al contemplar su rostro cariacontecido. Ignoraba la raíz de ese drástico cambio, la razón oculta de su evidente desazón. Ante mi reiterada insistencia me confesó entristecido la causa.

—No iré, *Tormento*, no podré soportar tantos días alejado de ti.

Era, según él, lo único en su vida que merecía ser calificado de relevante y no se privaría de nuestras navegaciones cada domingo, no renunciaría a ellas pasara lo que pasara.

—Sé que eres un tormento y que jamás me libraré de ti.

Era su tormento favorito, por el que daría todo lo que poseía, hasta incluso la propia vida si fuera preciso.

No supo burlar la emoción mientras balbucía esas afectadas palabras. Estuve a punto de derramar algunas lágrimas, aunque al final conseguí eludirlas.

Intenté convencerlo que durante su ausencia estaría bien, que mi tío Luis, hermano de mi difunta madre, me cuidaría tanto o más que él. Estaba al corriente de sus deseos, ya expresados durante nuestras singladuras, cuando nos dejábamos llevar con el viento de popa impulsando *El Lorena*. Y logré que comprendiera que esa era su oportunidad, con toda probabilidad la única que le sería brindada en la vida. Aceptó mi propuesta, no sin antes reiterarme

su pesar por el forzado distanciamiento que esa decisión inevitablemente iba a ocasionar entre ambos.

Para ese acontecimiento aún faltaban varios meses. Se celebraría en la primera semana de julio, y destinó todo su empeño, toda la ilusión que sea posible imaginar, para prepararse y acometer con las máximas garantías de éxito ese atractivo e ilusionante proyecto. Pero algo sucedería, algo que ni él ni yo podríamos prever en esos instantes. Acontecería durante una de esas jornadas de entrenamiento exhaustivo a las que siempre me solicitaba que lo acompañara.

Todo dio comienzo cuando me sugirió abandonar las reposadas aguas del Mar Menor y adentrarnos con *El Lorena* en el Mediterráneo. La convicción con la que afrontaba esos emocionantes días no le permitieron advertir mi aterrorizado gesto ante lo que en ese momento llegué a calificar como una más que atrevida proposición.

Apenas dos horas después de intensa navegación, observamos algo que no le gustó, que llegó realmente a preocuparlo.

—El chaleco, *Tormento*. Debes ponerte el chaleco salvavidas. El aspecto del cielo no me gusta nada, presagia la inminente compañía de tormenta y además me temo que podría ser de las «buenas».

Nos encontrábamos alejados de la costa, por lo que no conseguiríamos evitar sus más que predecibles efectos.